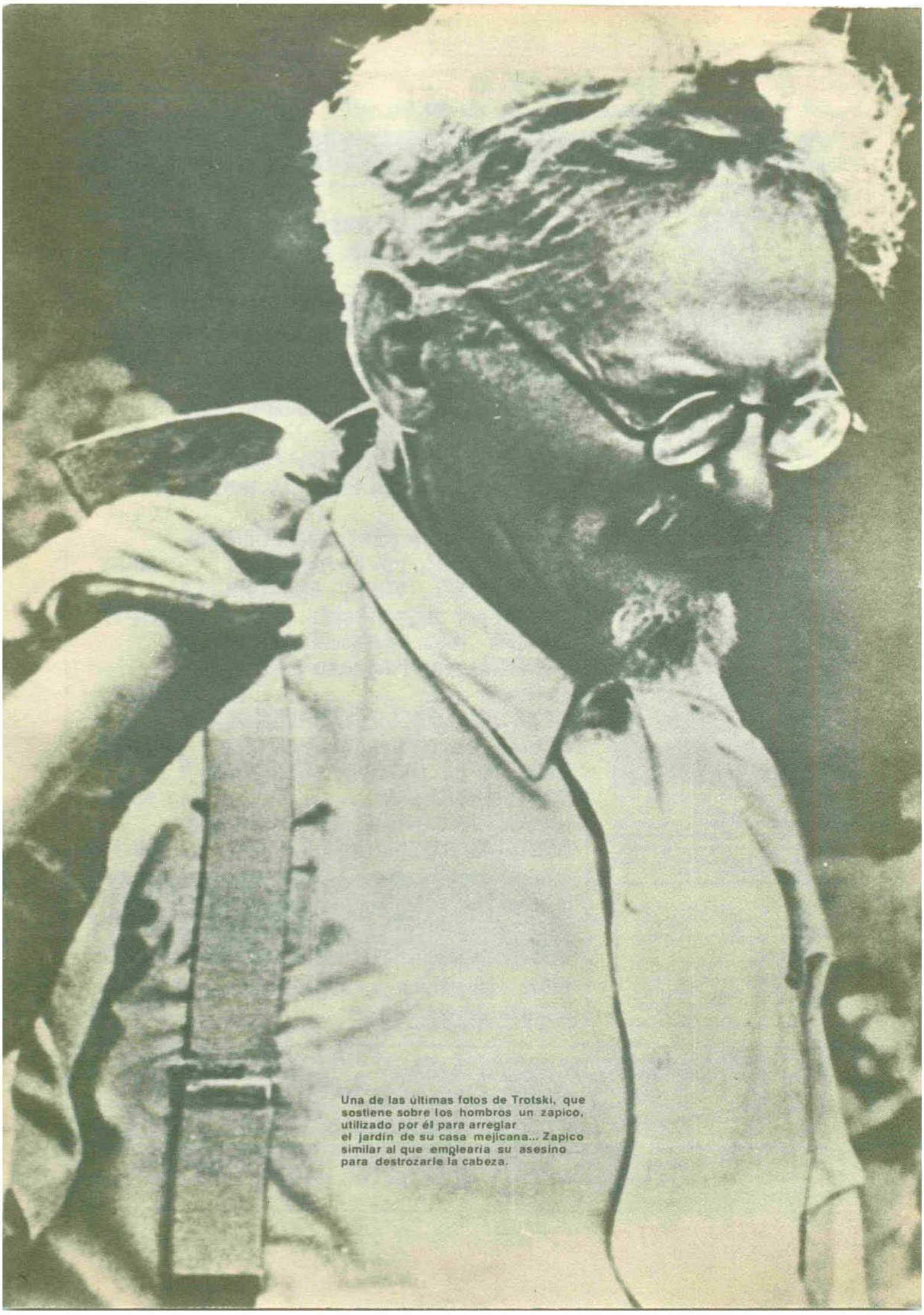


Una de las últimas fotos de Trotski, que sostiene sobre los hombros un zapico, utilizado por él para arreglar el jardín de su casa mejicana... Zapico similar al que emplearía su asesino para destrozarle la cabeza.

Algunas claves sobre el asesinato de Trotski

J. Gutiérrez Alvarez

EN varias ocasiones Trotski subrayó que la última parte de su vida política, la que va desde 1929 hasta su muerte, fue entre todas la más importante, quizás la única en la que su presencia fue, en palabras suyas, «insustituible». Su protagonismo indiscutido al frente de la revolución de 1905, en la preparación y culminación de la revolución de Octubre, en la formación, desarrollo y victoria del Ejército Rojo, en los primeros años de la URSS y de la Internacional Comunista, etc., (1) no alcanzan para él la trascendencia de estos años en los que fue el antípoda de Stalin, de la burocracia usurpadora que había invertido los fines y los medios del bolchevismo clásico.

(1) Ver, entre otros, Isaac Deutscher, **Trotski**, *tres volúmenes, Ed. Era, México; León Trotski,* **Mi vida**, *Ed. ZYX, Madrid; Ernest Mandel,* **El pensamiento de Trotski**, *Ed. Fontamara, Barcelona. Para una introducción más asequible J. Gutiérrez Alvarez,* **Conocer a Trotski**, *Ed. Dopesa, Barcelona.*

DURANTE esta parte de su biografía Trotski no sólo escribió algunas de sus obras más destacadas —**Historia de la revolución rusa, Mi vida, La revolución traicionada, En defensa del marxismo...**—, también tuvo un protagonismo **indirecto** —su escenario **directo** fue su estudio— en la crisis interna del PCUS, en la noche negra de «caza de brujas», en la crítica de la política nacional e internacional comunista, en acontecimientos como los que sacudieron Alemania, Francia y España, en la construcción de la IV.ª Internacional. No se puede comprender lo que ocurrió, su persecución y muerte, sin entender el significado de esta lucha de Trotski en el exilio.

Durante un par de décadas después de su muerte, Trotski pareció una personalidad perdida en el tiempo, en el mejor de los casos una estrella fugaz. Sin embargo, su lugar en la historia ha ido cobrando importancia en los últimos tiempos hasta cobrar plena vigencia. En este renacimiento concurren factores objetivos como el desprestigio cada vez mayor del estalinismo, el resurgimiento revolucionario mundial; pero también concurre el **factor humano**, la personalidad de Trotski que, incluso sus más acérrimos enemigos, calificaron como extraordinaria. Fue, como diría Víctor Serge, «el último gigante» del marxismo clásico. Su suerte hubiera sidó otra de haber muerto antes de oponerse a Stalin; hubiera quizás contado con las más altas estimas del PCUS.

LAS DIFICULTADES DE ENFOCAR LA «CUESTION» TROTSKI

A pesar de que en el terreno de la historia poco haya que añadir sobre la «verdad» de la controversia Stalin-Trotski; (hasta los historiadores comunistas occidentales como Ellenstein, Procacci, Strada, etc., aceptan que, al margen de las valoraciones políticas que se puedan hacer, la «verdad» estuvo a favor del segundo), todavía persiste una no-

León Trotski, en octubre de 1917.

table resistencia para rehabilitarlo. Todavía en los países del socialismo «realmente existente», el trotskismo es un tema que compite sobre todo a la policía. Con una continuidad exasperante, los expertos al servicio del poder publican nuevos libros en los que se insiste en las viejas falsificaciones estalinistas: Trotski fue enemigo de Lenin, antisoviético, agente del enemigo, etc. En 1968, el «trotskismo» fue utilizado como pretexto por Breznev para invadir Checoslovaquia.

En este sentido vale la pena citar el ejemplo de Peter Weiss cuando éste escribió «Trotski en el exilio». Desde los países del Este la reacción fue fulminante. Sus obras fueron retiradas de la circulación. Desde la revista «Literaturnaya Gazeta», Lew Giusburg, escritor ruso considerado como «liberal» y traductor de Weiss escribió una dura requisitoria contra éste. La respuesta de Weiss explicaba algo tan básico como que:

«La ocultación de las debilidades y conflictos nunca puede ser de gran provecho para el socialismo, y solamente su descubrimiento y análisis producen su fortalecimiento. La crítica despiadada de todos los defectos del propio bando fue siempre un principio fundamental del movimiento obrero (...). Como autor cuya obra persigue en su totalidad mostrar cuantos ejemplos se den de mentiras, injusticias y opresión y tratar por todos los medios de combatirlas, esa supuesta necesidad de echar mano del «lenguaje de los esclavos» en un estado socialista se me antoja un escarnio contra los fundamentos del marxismo y contra los intentos de avance en el terreno de la educación en los países socialistas. Pues son precisamente estas cosas las que debieran haber visto fortalecida su posición actual gracias a la confrontación con materias de carácter controvertido» (2).

En el movimiento comunista internacional la «cuestión» resulta cuanto menos comprometida. De los partidos comunistas más afines con la URSS —lo mismo ocurre con los prochinos y los proalbaneses—, no hay nada que decir, ya lo dicen las historias oficiales. Entre ellos, el francés por vivir en condiciones culturales muy específicas resulta una excepción. En los últimos años, sobre todo a través de las obras de Ellenstein, ha comenzado una obra de rehabilitación parcial de Trotski. Su lugar en la historia es, en lo fundamental, respetado y se le considera como un «revolucionario equivocado». En estos criterios se afirman los «eurocomunistas», el PCI, el más evolucionado de todos ha publicado a Trotski en sus editoriales, lo ha exaltado desde su prensa e, incluso ha llegado a organizar un simposium internacional sobre el cuarenta aniversario de su muerte (3). Pero este «aggionamiento» tiene unos límites: se fijan en la historia «nacional» de cada partido y en el reconocimiento de que en lo fundamental Stalin fue más «realista».

Por todo ello Trotski sigue siendo un clásico marxista muy incómodo. Sus aportaciones chocan irreductiblemente contra la historia, contra las tradiciones de estos partidos. Por lo general, los autores representativos del comunismo oficial no lo tratan de frente, no lo reconocen, lo mismo que sus partidos no lo rehabilitan ni tratan con la URSS el problema de su reivindicación, aunque sea

---

(2) No obstante, Weiss ha retirado esta obra de todos los teatros, ya que según él no está de acuerdo, es «un asunto muy complejo que precisa análisis muy riguroso». Desde esta retirada las obras de Weiss han vuelto a circular por la URSS y los países del Este.

(3) Se trata del «Convegno Internazionale per il Quarentesimo Anniversario della morte di Leon Trotski», celebrado en Follonica (Italia) y en el que concurrieron historiadores de innumerables países.

como un «revolucionario equivocado». Incluso como tal resulta inintegrable.

EL ALCANCE DEL DRAMA

Al contrario de lo que suele pensarse, el asesinato de Trotski no fue ni un hecho aislado, ni fruto de la improvisación. Según parece desprenderse de algunos documentos del Archivo Trotski de Harvard (4), Stalin ya acarició la idea de atentar contra Trotski en 1927, pero consideró que la situación no estaba madura, era imprevisible la reacción del partido y de las juventudes. Optó por expulsarlo del partido y por deportarlo a Alma-Ata durante dos años. En 1929 le quitó la ciudadanía rusa y lo envió al exilio. Trotski no se arredró por ello:

«Las feroces persecuciones, escribió, las calumnias deshonrosas y la represión estatal no son suficientes para variar nuestra actitud frente a la revolución de Octubre y el Partido Internacional de Lenin. En las prisiones estalinistas, en el exilio y en el destierro permaneceremos fieles a ambos hasta el fin».

Aunque dos de sus amigos —Joffé, al que se le impidió curarse en el extranjero y Blumkin, fusilado por «contactar» con Trotski en Prinkipo— habían ya muerto víctimas de Stalin y que la casi totalidad de la Oposición de Izquierda se encontraba deportada en la Siberia en condiciones infrahumanas, nadie pudo imaginar en aquella época el alcance de la represión que se desencadenaría años más tarde. Hasta 1934, la policía estalinista, la GPU, tuvo otros problemas que el de acabar con los «trotskistas» (5). El giro provino de la situación creada por la derrota del proletariado alemán, «neutralizado» por la guerra particular entre estalinistas y socialdemócratas. Esta nueva situación vino a confirmar el vaticinio que Trotski daba en su **Diario:**

Adolf Joffé, artífice de la diplomacia bolchevique, que posteriormente se suicidaría, en un momento de depresión, hostigado por la brutal actitud de Stalin hacia Trotski y hacia él mismo.

«Stalin daría ahora cualquier cosa por revocar su decisión de deportarme. No hay duda de que recurrirá a la acción terrorista en dos casos...: si hay una amenaza de guerra o si su propia situación se deteriora gravemente. Naturalmente puede haber también un tercer caso y un cuarto. Veremos. Y si no lo veremos nosotros, otros lo verán».

Ambas variantes, guerra y crisis de poder tuvieron lugar. Desde que Hitler ascendió al poder la Segunda Guerra Mundial era algo que se veía venir. La defensa de la URSS se tornaba más acuciante que nunca. La fracción del poder en el PCUS entró en crisis, Stalin conoció su hora más baja. Desde su propia fracción, una parte tendió la mano a las oposiciones de derecha (bujarinista) y de izquierda (trotskista); todo parecía posible (6). También había otros motivos. En

---

(4) Temeroso de que sus archivos fueran destruidos o lo que era peor, cayeran en manos de sus contrincantes, Trotski convino su entrega a la Universidad de Harvard con la condición de que no fueran abiertos hasta 1980. Sobre este tema ver, Jean-Paul Joubert, **Les papiers d'exil de León Trotski,** *editado por los organizadores del Convegno.*

(5) El primero que empleó este término fue quizás el dirigente liberal Miliukov, referiéndose al espíritu que reinaba en las asambleas de 1905. En un sentido peyorativo fue empleado por los adversarios de Trotski para contraponerlo a **sus** *respectivos* **leninismos.** *Trotski siempre lo utilizó entre comillas. Afirmó que nunca pensó en crear un sistema distinto al de Marx y Lenin y adoptó el epíteto de «bolchevique-leninista». A pesar de todo admitió que si de alguna manera tenía sentido su empleo era como sinónimo de su contribución al marxismo en su lucha contra su desnaturalización estalinista.*

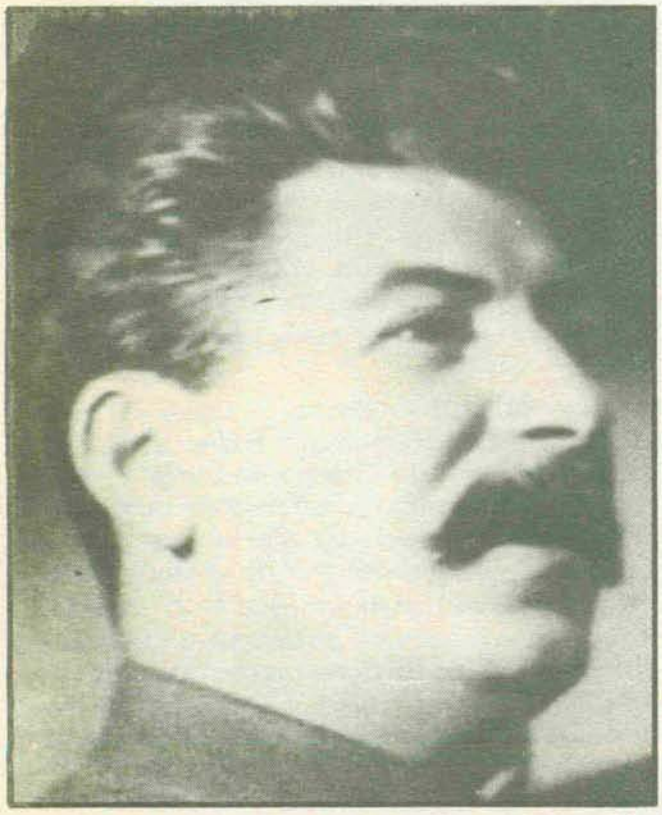
(6) Ver, Pierre Broué, **Trotski et le bloc des oppositions de 1932,** *Cahiers León Trotski, n.º 5. Estos cahiers están editados por el Institut León Trotski, 29 rue Descartes, 75 0005, París.*

pleno auge del culto a la personalidad de Stalin, desde el exilio, Trotski continuaba siendo el Gran Negador. Se ha dicho que Trotski estaba en el **nadir**, pero ni la derecha (7) ni Stalin lo subestimaron nunca. Representaba la revolución de Octubre, era el fantasma del comunismo...

Stalin no pensó sólo en la muerte de su rival, quiso terminar con todo lo que le arropaba desde dentro y fuera de la URSS. La teorización para este exterminio se desprendía de la nueva caracterización que hacía del «trotskismo», éste «... había dejado de ser una corriente política dentro de la clase obrera, es una banda sin principios y sin ideología, una banda de saboteadores, de agentes de diversión y de información, de espías, de asesinos, una banda a sueldo de espionaje». Ya había pasado la época en que el «trotskismo» pasaba por ser una variante oportunista del menchevismo, había empezado la época del hitlero-trotskismo, etc.

---

(7) «Ya conoce usted lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotski y quien sabe si dirigido por Trotski mismo (hay no pocos motivos para suponerlo en España)», Carta de José Antonio a Franco posterior al levantamiento asturiano de 1934 **Crónica de la guerra española**, *Ed. Codex, p. 79, Buenos Aires.*



Stalin, en la década de los treinta. En el momento de consolidar su poder sobre la Unión Soviética, tras desplazar a Trotski del Poder.

Los métodos propiciados por Stalin para resolver esta «contradicción» se concretaron y mostraron en los célebres «procesos de Moscú» que tuvieron lugar a raíz del asesinato de Kirov —según todos los indicios por iniciativa de Stalin ya que Kirov pertenecía al ala «liberal» de la burocracia— y que fueron en su día coreados no sólo por todas las secciones de la III.ª Internacional sino también por innumerables intelectuales de izquierdas (y de derechas). En estos «procesos» tanto Trotski como su hijo León —que se había convertido en su mano derecha— fueron los principales acusados y ya en el primer «proceso» fueron condenados a muerte. Desde el tribunal, el fiscal Vichinsky bramaba contra «los traidores y los espías que venden nuestra patria al enemigo» para que sean «fusilados como perros rabiosos», al tiempo que exaltaba al guía supremo, a «nuestro bien amado jefe y maestro el gran Stalin».

Los «asesinos de Kirov» —así se les llamaba— fueron miles, tal vez millones. Resulta imposible de estimar el número de comunistas que cayeron, lo cierto es que en relación con estos «procesos» murieron la absoluta mayoría de la vieja guardia bolchevique, los hombres que como Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Rykov y otros habían hecho el partido y la revolución. Cayó exterminada toda la Oposición de izquierda sin que se pueda hablar de supervivientes reconocidos (8). En tre ellos estaban nombres como los de Preobrazhensky, Rádeck, Rakovsky, Piatakov, etc. La derecha económica y política reaccionó muy favorablemente a este «sacrificio» que indicaba la intención de Stalin de establecer un nuevo trato con Occidente.

Dentro de esta corriente de muerte cayó casi toda la familia de Trotski. Su primera mujer, Alexandra Sokoloskaya, que le convirtió al marxismo y le dió dos hijas murió en la deportación defendiendo sus ideas. Su segunda hija, Nina, murió enferma de tisis mientras que de su marido, el también «trotskista» Man Nevelson se perdió en los campos de muerte: lo mismo ocurrió con los hijos de ambos. Su primera hija, Zina, terminó suicidándose en el Berlín cargado de atmósfera nazi en un estado de desequilibrio mental grave, debido sin duda a las penalidades sufridas. Su marido Platon Volkov, murió igualmente deportado. (Esteban, el hijo de

---

(8) Ver, Anónimo, **Memoires d'un bolchevik-leninista en l'URSS,** *Ed. Antón Maspero Ciliga,* **Retour du pays du grand messonge,** *Ed. Gallimard; Víctor Serge,* **Memorias de un revolucionario,** *Ed. El Caballito, México. También el tercer volumen de la obra citada de I. Deutscher.*

ambos es el único superviviente actual de la familia). Su hijo menor de Natalia Sedova, Serguei, ingeniero y poco politizado murió en las mismas condiciones por negarse a abjurar de su padre León, fue asesinado en París en 1938. El drama interno de Trotski y Natalia fue inmenso, él sufrió con ello los rigores de las enfermedades y ella lo soportó todo hasta morir bastante más tarde.

En el escenario internacional la puesta en escena fue más selectiva. Los medios utilizados por Stalin fueron muy amplios y poderosos. Ya desde el primer momento del exilio de Trotski empleó toda su influencia diplomática y militante para que Trotski no fuera admitido en ningún país moderno, que se le expulsara de Noruega y de Francia. La derecha lo odiaba por todo, la socialdemocracia prefirió no comprometerse con quien era desde hacía mucho su acerado crítico, los partidos comunistas agitaban campañas contra él. «¡Ni un visado en todo el planeta!, escribió. Y siendo así, ¿se me quiere hacer creer que ese otro pleito, inmensamente más importante y más cruento, que es el pleito entre los poseedores y los desposeídos, va a poder resolverse aplicando con exquisito rigor los hábitos y las formas de la democracia?».

Stalin contaba con todo el peso del Estado ruso, con la parte del león en el prestigio de la revolución de Octubre. Los brazos de dicho Estado se extendieron persiguiendo a un grupo de decididos revolucionarios que caminaban a contra corriente. Su diplomacia era clara en sus objetivos, Alejandra Kollontai no cesó hasta que Trotski fue expulsado por los socialistas de izquierda de Noruega, Antonov Ovsenko declaró al llegar en misión diplomática en Barcelona que «al igual que en Rusia, en España había que acabar con los fascistas, los trotskistas y los incontrolables». El Komintern se convirtió en el centro de la intervención policiaca internacional, sus «expertos» en la materia exigían el mayor rigor, de esta manera Togliatti tachó al PCE de «blando» en su celo antitrotskista. Los partidos comunistas asumieron las tareas exigidas con indiscutible empeño, complementaron los servicios internacionales. Es uno de sus militantes, Ricardo Muñoz Suay, el que escribe:

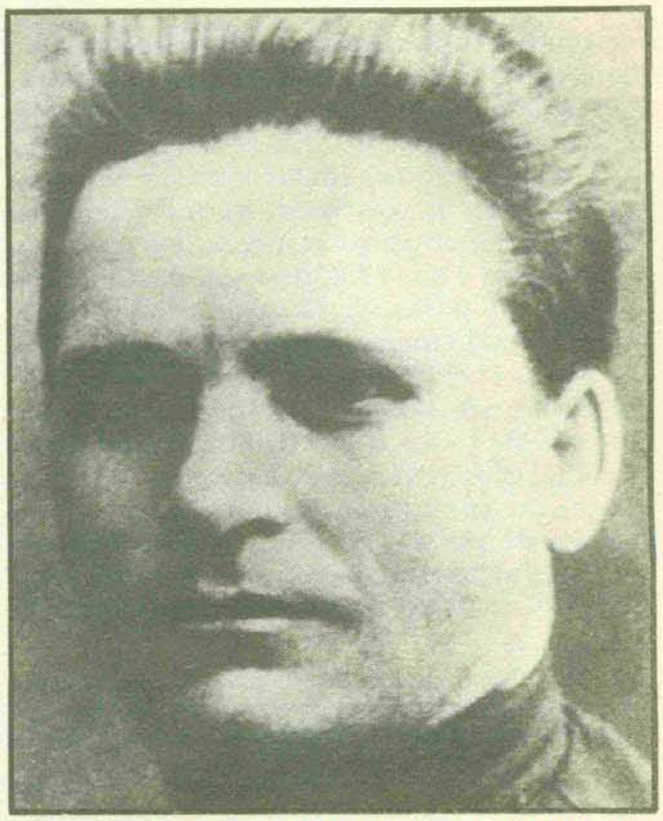
«(...) por nuestra deformada militancia, (todos) pudimos ser, en potencia, los asesinos de Trotski. En todo caso, creo que a nadie de los que en aquellos años aceptábamos sin lugar a dudas —o con algunas pocas— la necesidad de exterminar a los trotskistas, como verdaderos aliados del fascismo, nos conturbó la noticia de la muerte espantosa de Trotski, sino todo lo contrario» (Triunfo).

Los «trotskistas» se convirtieron en algo así como los «apestados» del movimiento obrero, en palabras de George Orwell esta palabra adquirió un triple significado:

«(...) Puede referirse a uno que, como Trotski deseaba la revolución mundial; o el miembro de una organización encabezada por el propio Trotski (el único uso legítimo de la palabra); o, por último, el fascista disfrazado ya mencionado. Esos tres significados pueden englobarse en uno sólo si se quiere. El primer significado puede llevar implícitamente al tercero. Así, «Fulano ha hablado favorablemente de la revolución mundial; por lo tanto es un trotskista; por lo tanto es un fascista» (9).

Mediante esta horrible amalgama (el trotskismo es igual que el fascismo) se opera la extensión de los «procesos de Moscú» que fueron como una sangrienta y deformante pesadilla que atravesó al movimiento obrero internacional y cuyos efectos están lejos de haberse disipado totalmente. Las víctimas en el más amplio sentido de la palabra fue-

(9) *Ver, George Orwell,* **Mi guerra civil española,** *Destinolibro; Barcelona.*



El asesinato de Kirov —en la fotografía— desencadenaría la represión estalinista que acabaría con la vieja guardia bolchevique, de la que el más activo y valioso exponente era Trotski.

León Trotski escribiendo «Mi Vida», en Prinkipo (en los alrededores de Constantinopla), en su primera etapa de exilado de la U.R.S.S. (hacia 1929).

ron innumerables, los testimonios de ira y de denuncia (y no pocas de desengaño) han cubierto toda una parcela de la producción literaria socialista (10). Entre los seguidores de Trotski hay que señalar los asesinatos de Ignace Reiss, Erwin Wolf, Rudolf Klement, Moulin (11); entre sus amigos, los casos de Andreu Nin y Kurt Landau son bastante conocidos y, finalmente, hay que señalar libertarios como lo fueron Camillo Berneri y Carlos Tresca (12). Menos conocidas son las matanzas de «trotskistas» efectuadas durante y después de la Segunda Guerra Mundial en Francia, China, Vietnam, Yugoslavia... Poca gente sabe que durante las famosas «cazas de brujas» de McCarthy en los Estados Unidos, los estalinistas norteamericanos explicaron que éstas podrían haber tenido justificación de haberse tratado exclusivamente de los «trotskistas».

EL ASESINATO DE TROTSKI

El 20 de agosto de 1940 fue en México un día espléndido. Trotski, como era ya habitual en él, madrugó y ocupó parte de su tiempo en cuidar las plantas y dar de comer a los animales. Poco después se puso a trabajar en su despacho donde, entre multitud de papeles revueltos, se encontraban las notas de su biografía de Lenin de la que sólo se publicaría la primera parte, su biografía de Stalin en un estado avanzado de elaboración, un breve ensayo sobre el sindicalismo en la era imperialista, así como elementos para nuevos artículos y nuevas cartas (13). Necesitaba, según confesión propia, varios años todavía para completar su labor de puente entre el marxismo clásico y el marxismo postestali-

(10) *Ver sobre este punto, David Caute,* **El comunismo y los intelectuales franceses,** *Ed. Oikus-tau, Barcelona e Isaac Deutscher,* **Herejes y renegados,** *Ed. Ariel, Barcelona.*

(11) *Sobre el primer ver, Elizabeth Poretski,* **Nuestra propia gente,** *prólogo de L. Trotski, Ed. ZYX, Madrid.*

(12) *Ver, número especial sobre los «procesos de Moscú» en el mundo.* **Cahiers León Trotski n.º 5.**

(13) **La juventud de Lenin,** *Fondo de Cultura Económica, México;* **Stalin,** *Ed. Plaza y Janés,* **Sobre los sindicatos,** *Ed. Pluma, Buenos Aires.*

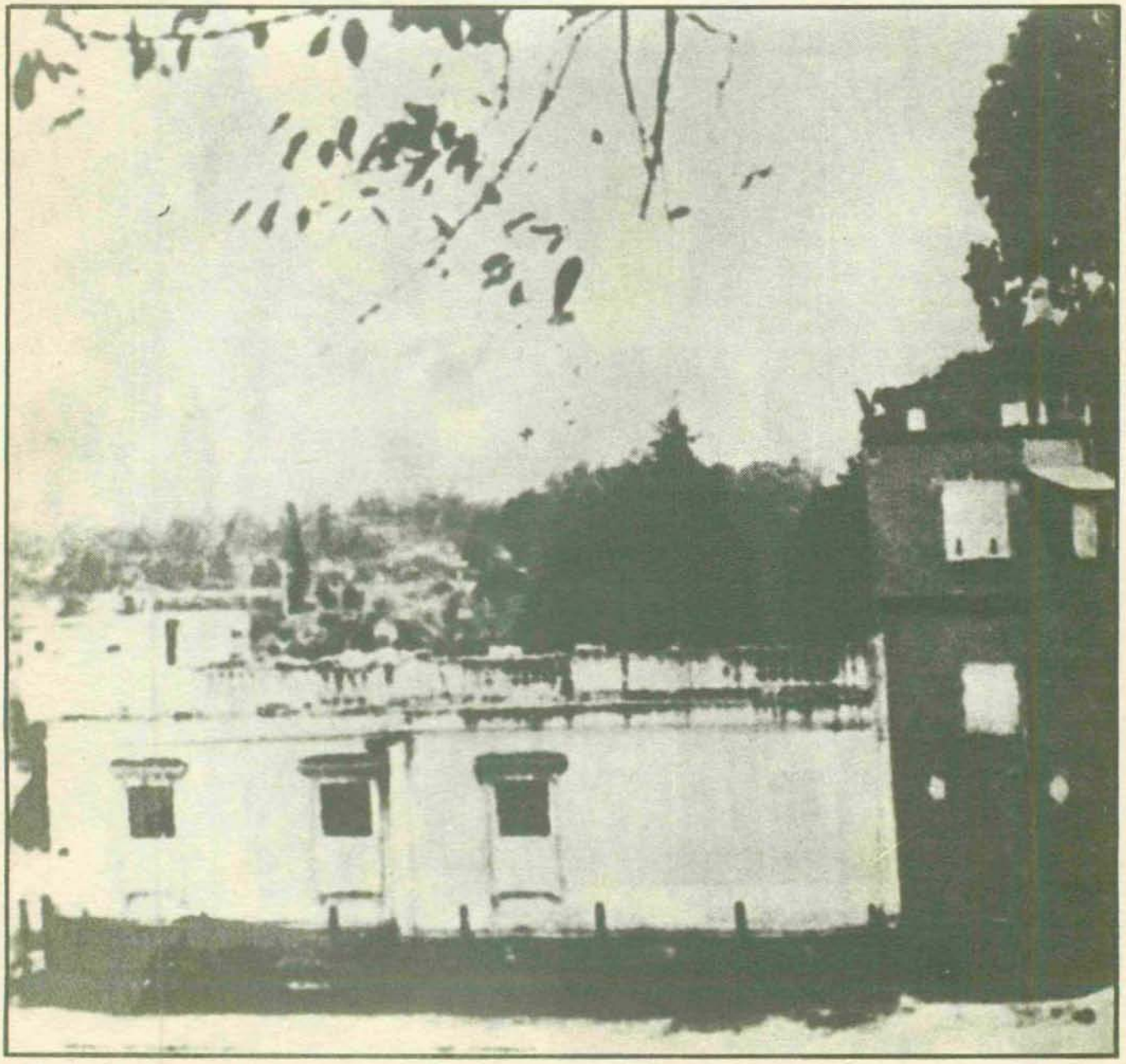
León Trotski, su mujer y el pintor y muralista mexicano Diego Rivera (gran amigo del estadista ruso), durante la última etapa de la vida del dirigente bolchevique, en que éste fue huésped de la Nación Mexicana.

nista, tarea que en su opinión sólo él estaba capacitado para hacer dado que la flor y nata del marxismo de los tiempos de Lenin había muerto o había claudicado ante la burocracia.

En víspera de su muerte había dejado escrito su Testamento que decía: «No tengo necesidad de refutar aquí una vez más las estúpidas y viles calumnias de Stalin y sus agentes: en mi honor revolucionario no hay ni una sola mancha. Nunca he participado ni directa ni indirectamente en ningún acuerdo, o incluso negociación entre bastidores con los enemigos de la clase obrera. Miles de adversarios de Stalin han caído víctimas de falsas acusaciones similares. Las nuevas generaciones revolucionarias rehabilitarán su honor político y tratarán a los verdugos del Kremlin tal y como se merecen (...).

Durante cuarenta y tres años de mi vida consciente he sido un revolucionario: durante cuarenta y dos he luchado bajo la bandera del marxismo. Si tuviera que empezar de nuevo, desde luego, trataría de evitar este o aquel error, pero el curso principal de mi vida seguiría siendo el mismo. Moriré como un revolucionario proletario, como un marxista, como un materialista dialéctico y, en consecuencia, como un ateo irreconciliable».

Aquel mismo día, un poco más tarde, volvió a aparecer por la casa de la Avenida Londres un tal Jacques Mornard, un personaje un tanto ambiguo y que había entrado en la casa de los Trotski de la mano de Silvia Ageloff,



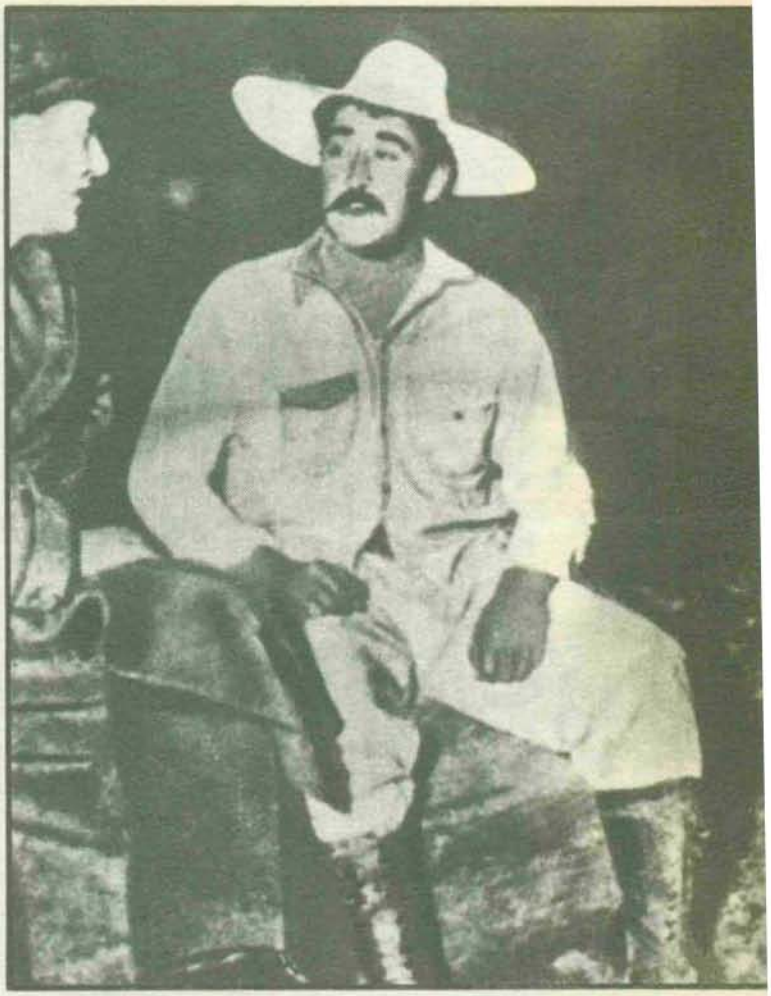
La villa-fortín de Coyoacán, habitada por Trotski y su familia, tras el atentado del 24 de mayo de 1940, que estuvo a punto de acabar con su vida. Sería el primer aviso del peligro que le acechaba, aún a miles de kilómetros de su patria, ante el odio de su enemigo Stalin.

una amiga de Trotski a la que había logrado conquistar amorosamente. Hasta aquel momento su relación con los habitantes de la casa había sido tímida y cortés, habiendo sido de utilidad como chófer de Alfred Rosmer y su mujer que se encontraban de visita. El plan estaba fijado en sus más mínimos detalles.

Nadie en la casa prestó excesiva atención a aquel individuo, sólo Natalia se sobrecogió con un breve presentimiento. Trotski sospechaba que el nuevo atentado que se preparaba contra su vida sería de factura muy distinta al que tiempo atrás había encabezado David Alfaro Siqueiros. (Este asaltó la casa, irrumpió en las habitaciones y ametralló intensamente sobre las camas. Era de noche y la fortuna sonrió en esta ocasión a los perseguidos. La prensa estalinista habló de una «maniobra» de Trotski para atraer a la opinión pública). En contra de sus camaradas guardianes que querían imponer un control más rígido sobre las visitas, Trotski se opuso. No soportaba el ambiente de «fortaleza sitiada», la sospecha indiscriminada contra todo aquel desconocido que se aproximara. Mornard —también conocido como Frank Jacson—, aprovechó esta laxitud. Aquel día venía dispuesto y las condiciones le fueron favorables.

Pretextó ante Trotski que le traía un artículo y quería que se lo revisara. Portaba una extraña gabardina bajo la cual escondía un zapapico de montañista, una pistola y un revólver. En la calle le esperaban su madre Caridad Mercader y el amante de ésta, el general de la GPU Eitingön. Cuando el «viejo» —así era como le llamaban sus conocidos— leyó aquellas líneas se puso muy malhumorado, no tenían entidad alguna. Nada más volvió las espaldas, Mornard le atacó con el zapapico dañándole mortalmente el cerebro. La reacción de Trotski sorprendió a su agresor. Gritó vigorosamente y se abalanzó contra él. Reclamó a sus guardianes que no le mataran. Mornard murmuró medio desmayado: «Tienen prisionera a mi madre... Silvia Ageloff no tiene nada que ver con esto... No se trata de la GPU, nada tengo que ver con la GPU», poco después añadió, «Ellos me han obligado a hacerlo».

Desde el primer momento Trotski supo que el golpe había sido fatal. Sus últimas palabras fueron para denunciar a Stalin y a la GPU, de amor hacia Natalia y para la IV.ª Internacional. Operado en un hospital morirá al día siguiente. El mismo día **El popular**, de tendencia estalinista escribió: «Confesión sensacional del asesino de Trotski. Lanza terribles acusaciones contra el jefe muerto de la IV.ª Internacional», por su parte Frank Jellinek, un conocido escritor estalinista declaró que «las fracciones concurrentes del «trotskismo» están ahora en trance de disputarse el cuerpo de Trotski...». La **Pravda** publica una breve nota en la que habla de un «trotskista» desengañado. Desde entonces hasta la fecha esta ha sido la versión oficial del PCUS. No hace mucho tiempo, Leo Figuéres, dirigente del PC francés y especialista en temas «trotskistas» en dicho partido escribió en un libro que Trotski murió «a continuación de un atentado perpetrado contra él por uno de sus conocidos convertido en enemigo», añadiendo a continuación que los «móviles del asesino, ni siquiera su identidad exacta, han podido ser establecidos netamente por la justicia y la policía mexicana» (14).



David Alfaro Siqueiros, célebre pintor mexicano, que organizó —inspirado por directrices estalinistas— el fallido atentado contra Trotski de mayo de 1940.

Esto es a todas luces incierto. Cierto es que

(14) *Leo Figuéres*, **Le trotskisme, cet antileninisme**, *Ed. Sociales, París.*

Ramón Mercader, futuro asesino de Trotski, en el centro de la fotografía, con gafas y sosteniendo una bandera, durante una manifestación por Las Ramblas de Barcelona, en noviembre de 1934.

las sospechas y las acusaciones hechas por los antiestalinistas estuvieron sin poder confirmarse durante mucho tiempo. Todavía en 1943 durante el juicio contra Mornard-Jacson no se pudo verificar su personalidad y él siempre se mantuvo en sus trece (desgraciadamente la noticia dada por el periódico alemán **Spiegel** de que existen unas «memorias» del asesino no se ha podido confirmar). Durante la guerra y la inmediata póstguerra el idilio existente entre la URSS y las democracias occidentales llevó la atención lejos del asunto. Pero a finales de la década de los cuarenta, la policía mexicana valiéndose de fotografías, huellas digitales, diversos testimonios, etc., estuvo en condiciones para dictaminar que se trataba de Ramón Mercader del Río, hijo de Caridad Mercader, militante de las Juventudes Socialistas Unificadas en Cataluña. Esta información fue puesta en manos de dos escritores, Isaac Don Levin y Julián Gorkin, los que en sendos libros dieron a conocer los hechos al mundo complementando lo que ya habían escrito diversos autores «trotskistas» como Joseph Hansen, Mac Donald y Alfred Rosmer (15).

EL ASESINO, EL EQUIPO DE LA GPU Y LOS MOVILES

Cuando se trata de Ramón Mercader, siempre se resalta el papel de su madre Caridad. Caridad del Río Mercader vino al mundo en Santiago de Cuba el 21 de mayo de 1892, pero pasó la mayor parte de su vida en España.

(15) I. Don Levine, **The Mind of an Assain,** *Nueva York, 1959; Julián Gorkin,* **El asesinato de León Trotski,** *Club del Libro, Barcelona. En un artículo publicado en Quatrième Internationale, X-XI-48, Alfred Rosmer criticó este último libro. Según Rosmer, Gorkin que jamás había visitado a Trotski en México reprodujo los informes de la policía mexicana y plagió varios folletos de autores trotskistas.*

Caridad Mercader del Río, la madre del asesino de Trotski, fanática comunista catalana, seguidora de la línea estalinista e inspiradora del asesinato del líder bolchevique.

Ramón del Río Mercader, asesino de Trotski, durante la guerra civil española, con uniforme de oficial del ejército republicano.

Siendo muy joven se casó con Pablo Mercader, un perito mercantil con el que tuvo 4 hijos: Jorge, Ramón, Monserrat y Pablo. Tuvo otro hijo Luis cuyo nacimiento coincidió con su ruptura matrimonial. Caridad tenía al parecer relaciones con un militante comunista y abandonó a su esposo instalándose en Toulouse. Se subraya siempre en ella una fuerte personalidad y una gran dosis de fanatismo. De sus relaciones con el general Eitingön sólo se conoce que estuvieron directamente relacionados con ocasión de los preparativos del asesinato de Trotski.

Su hijo Ramón Mercader vino al mundo en Barcelona, el 7 de febrero de 1913. Estudió en un colegio inglés primero y en otro religioso más tarde. Trabajó en el ramo de la hostelería hasta 1929, año en que se trasladó a Toulouse con su madre y con sus hermanos, a excepción de Luis que quedó a cargo de su padre. Desde muy joven destacó como militante de las JSU de Cataluña y Teresa Pàmies lo distingue como un joven «alto, fornido, algo exaltado en sus formas de expresarse y sumamente cordial». Al sobrevenir la guerra se enroló en el Ejército de la República alcanzando los grados de capitán y comandante. Fue herido en la guerra. Estaba casado con Elena Imbert que había trabajado en Radio Moscú. Sin duda en el tiempo que va desde su herida hasta su llegada a México estuvo en una de las escuelas de la GPU. En

Silvia Ageloff, fiel seguidora de Trotski, a quien presentó su amante, el supuesto Jacques Mornard, en realidad Ramón Mercader, quien asesinaría al anciano dirigente bolchevique gracias a las facilidades obtenidas por su amistad con la Ageloff para acercarse al líder ruso.

El falso Jacques Mornard, en realidad Ramón Mercader, a su llegada a México con el designio de ganarse la confianza de Trotski y aprovechar la ocasión propicia para asesinarlo por orden de Stalin.

París trabó relaciones con Silvia Ageloff y desde este primer paso fue catapultado para cometer el atentado.

Estuvo en la cárcel durante veinte años, durante los cuales se puede decir que no le faltaron toda clase de atenciones. Al salir de ella en 1960 abandonó México se trasladó a Checoslovaquia con un pasaporte de esta nacionalidad y con el nombre de Vandendresch, uno de los que utilizó antes de cumplir su papel de asesino. Años más tarde el periódico británico **«The Sunday Times»** (9-1-77) publicó sobre él la siguiente noticia:

«El hombre que asesinó a Trotski está vivo y se encuentra de maravilla en Rusia. Acaba de recibir la Estrella de Oro de lo s héroes de la Unión Soviética, distinción equivalente a la Victoria Cross en Inglaterra. Dicho honor parece ser la prueba definitiva —si es que son necesarias—, del hecho de que Trotski fue asesinado por orden expresa de Stalin (...). Se puede probar que Mercader se instaló en Praga, donde vivió hasta la primavera de 1968 (...). En Praga, Mercader se reunió con los comunistas españoles emigrados, ocupándose en trabajos de ediciones y traducciones (...). En 1968 dejó Praga para instalarse en Moscú donde trabaja con los comunistas españoles emigrados. Según datos recientes, habría sido ayudado por Dolores Ibarruri, más conocida como la Pasionaria, presidenta del PCE, que espera en el presente retornar a España».

En un artículo con ocasión de la muerte de Mercader, Teresa Pàmies escribió lo siguiente:

«Acaba de morir y sería fácil de decir que fue una víctima más de Stalin, pero todos fuimos Stalin. A todos nos hizo daño el estalinismo creado por todos y entre todos, sólo que muchos de los camaradas de Ramón hemos podido regenerar nuestras filas desestalinizando (...). No se trata de hacer la apología del asesino invocando al militante, pero el caso de Ramón Mercader no puede tratarse como si fuese un Dillinger» (Triunfo).

La «cuestión» Mercader es sumamente problemática. Nadie puede dudar que la URSS lo protegió y lo premió por su actuación en México; no puede ser por otra cosa. A la hora de su muerte Ramón siguió teniendo el carnet de militante del PCE, era la época en que Carrillo ya había escrito «Eurocomunismo y Estado» y por lo tanto estaba en marcha la «desestalinización» y un reconocimiento, muy amplio para un dirigente comunista, de Trotski. Muy poco después de esta «segunda muerte de Ramón Mercader», el programa de TVE «Tribuna de la Historia» montó un

La última fotografía de Trotski vivo, rodeado por sus más estrechos colaboradores, durante el verano de 1940.

Ramón Mercader, (a) Frank Jacson, (a) Jacques Mornard. El asesino de Trotski.

debate abierto sobre «El asesinato de Trotski» en el que participaron directamente el actual dirigente de la IV.ª Internacional, Ernest Mandel, el novelista Jorge Semprún, el ex-comunista y escritor Julián Gorkin y el escritor catalán y anticomunista notorio, Baltasar Porcel. Pues bien, en este programa no se presentó el PCE, ni respondió a la petición hecha al unísono Mandel y Semprún de que dicho partido expulsara, «aunque fuera a título póstumo» a Ramón Mercader. Mucho menos se ha prestado a facilitar la parte de verdad que como colectivo conoce.

Aparte de los ya mencionados, Caridad Mercader y el general Eitingön, Ramón tuvo otros «colaboradores». En México se encontraban en las fechas dos de los principales ejecutores de la GPU, Roland Abbidé y George Mink. También estaba allí, Víctor Vidali, alías «Contreras» en la contienda civil española. En unas recientes «memorias» (16), Vidali tacha de «calumnias» todas las conjeturas que se hacen sobre su participación en este acto como en otros. Lo cierto es que todos los especialistas sobre la represión antitrotskista fuera de la URSS ven la mano de Vidali en el asesinato de Juan Antonio Mella —fundador del PC cubano y próximo al «trotskismo» en víspera de su muerte—, Jesús Hernández entre otros lo relacionan con el asesinato de Nin y de Berneri. Su

(16) Ver, Vitorio Vidali, **La cadutta della República,** *Vangelista edittore, Roma. Vidali no ha respondido a las preguntas efectuadas públicamente por Pierre Broué en el «Convegno» de Follonica.*

Trotski en su lecho de muerte. Tras haberle destrozado el cráneo su asesino, fue inútil una trepanación a la que fuera sometido en última instancia.

El general Núñez, Jefe de la policía mexicana, muestra el zapico que utilizara el asesino de Trotski para hundirle el cráneo a su víctima, y que previamente había escondido Mercader bajo la gabardina, al entrar en la casa de su víctima.

La reconstrucción del crimen. El asesino (con la cabeza vendada, tras el forcejeo con los guardaespaldas de su víctima), señala a las autoridades mexicanas el itinerario que siguió para llegar al despacho de Trotski.

nombre vuelve a aparecer en la palestra con ocasión del asesinato del ex-trotskista cubano Sandalio Junco, finalmente Vidali está en Nueva York cuando es asesinado su viejo amigo Carlos Tresca —uno de los animadores del Tribunal Dewey que absolvió a Trotski—; antes de morir éste dijo de Vidali que donde éste se encontraba «olía a muerte».

Hay otros dos grandes protagonistas: la GPU rusa y el Partido Comunista mexicano. «Mi testimonio», un libro escrito por Valentín Campa, uno de los dirigentes de este partido a la sazón y dado a conocer en Europa a través de George Marchais y de su publicación parcial en «L'humanité» —publicación prolongada curiosamente por Georges Fournial, considerado como agente de la GPU y que también estuvo en México haciendo su trabajo en 1940—, facilita más información sobre el papel de la GPU y sobre las exigencias de ésta al partido mexicano. Fue Browder, el dirigente del partido norteamericano el que trajo las órdenes: había que acabar con Trotski y hacerlo inmediatamente, los mexicanos tenían que poner toda la «carne en el asador». Sus dirigentes, Laborde, Rafael Carrillo y el mismo Valentín Campa fueron apremiados a tal efecto. Objetaron que Trotski les parecía un cadáver político y que una acción como la que se le pedía desprestigiaría al partido mexicano. Fueron apartados de los puestos claves.

Sólo cuando los archivos del Kremlin y de algunos PP.CC. se abran esta historia se podrá escribir completamente.

APOSTILLA FINAL

Tras la lectura de su ponencia en la Conferencia Internacional de Folonica, Pierre Broué, el conocido historiador francés, dio a conocer a los asistentes un escrito en el que constaban una serie de puntos que puestos a votos a la Conferencia fue respaldado unánimemente —allí se encontraban entre otros, Guiliano Procacci, Vitorio Strada, Paolo Spriano, Anna Di Biaggio, todos militantes del PCI—; estaban dirigidos al Gobierno de la URSS y exigían:

1.º La libre circulación de las obras de León Trotski en la URSS.

2.º La libre circulación en la URSS de obras de y sobre León Trotski en la URSS.

3.º La apertura a los investigadores de los archivos de Moscú. ■ **J. G. A.**

La tumba del revolucionario ruso León Trotski, en el jardín de la villa de Coyoacan, donde fue asesinado. El atentado se produjo el 20 de agosto de 1940, Trotski moriría el 21 de agosto, a las veintiséis horas de ser descerebrado el artífice de la Revolución de Octubre.